

EL HOMBRE Y DIOS*

1

EN LAS LECCIONES ANTERIORES de este curso nos hemos visto conducidos hacia el *tema de Dios*. Se ha dicho, en efecto: (i) por su alma espiritual es el hombre imagen de Dios. (ii) el último fin de la creatura intelectual está en la visión de Dios. (iii) en el ordenamiento hacia Dios se halla el bien común del universo. (iv) la serie de posibilidades que la estructura metafísica de la realidad plantea está presidida por un acto puro, que es Dios.

Hoy hemos de ocuparnos directamente de esta múltiple relación del hombre con Dios, que hemos venido comprobando en nuestros pasos.

2

Situamos nuestro *punto de partida en el hombre*. No hablamos desde Dios (teología) sino desde el hombre (filosofía).

Dos posibilidades se plantean: (i) el hombre *cree estar ligado a Dios*; su actitud es *religiosa*. (ii) el hombre *cree estar desligado de Dios*, sin Dios; su actitud es *atea*.

El criterio que permite diferenciar tales posibilidades y la razón que mueve a una actitud religiosa o a una actitud atea, es ese creer al que denominamos *fe*.

3

En el *ateísmo*, el hombre, sin fe y sin Dios, o ignora, o no le preocupa, o niega que exista una relación a Dios, principalmente porque Dios no existiría.

En la *religión*, el hombre cree: asiente a determinadas verdades, ordena su vida en función de ellas, cumple ciertos preceptos, realiza actos específicamente religiosos, por ej., la oración.

A partir de la fe, entre el ateísmo que la niega y la religión en la que halla pleno cumplimiento, advertimos una gama de posibilidades pre-religiosas de la fe, entre las cuales pudieran describirse las situaciones siguientes.

* Apuntes de una lección de filosofía

4

(i) *La fe vacila*, se debilita. La fe es un espejo de la vida: las rupturas de la existencia trizan la fe. (ii) *La fe se pierde*. Las crisis de la existencia no se han resuelto, y en el desorden la fe desaparece. Esta situación puede asumirse (a) o con pesadumbre, con la conciencia de que algo se ha perdido, algo ha muerto en nosotros; (b) o con soberbia, con la conciencia de que la pérdida de la fe nos libera de su peso, nos saca de un engaño, nos deja libres. (iii) *La fe no anima la existencia*. Se tiene fe, se cree ser religioso, pero la religión se toma con reservas, se la subordina, se la sustrae de ciertos órdenes de la vida, no juega en el campo de lo moral, en la acción política, en los negocios. En un agnosticismo, la fe no impregna la inteligencia, se cree que las verdades de la fe escapan absolutamente a la razón. (iv) *La aspiración a la vida de la fe*, la inquietud religiosa. Motivada por lo que se siente como un cierto vacío interior, una vaga necesidad espiritual; o por la presencia edificante de los Santos; o por la hondura moral del Evangelio; o por la fuerza, naturalmente, inspiradora de la persona de Cristo; o por experiencias conmovedoras que el amor o la muerte producen. Son los infinitos caminos de la conversión.

5

¿*Qué razones hay para tener fe y aceptar las verdades de la religión?* Aceptar los preámbulos racionales de la fe, esto es, las razones que se dan para demostrar que Dios existe y para demostrar que Dios se ha dado a conocer mediante su revelación. ¿Significa tener fe en Dios? ¿O bien, tales argumentos tienen sólo un valor edificante, porque en definitiva la religión no puede satisfacer las exigencias de la razón? Ni lo uno ni lo otro.

6

Existen experiencias insustituibles. Lo son, porque descubren la realidad misma y arraigan en aspectos concretos de ella. Se puede dar razón de tales experiencias, pero las razones no reemplazan las experiencias mismas; por el contrario, las suponen y encuentran en ellas su propio principio.

El color rojo de la amapola o el sabor refrescante del agua, no le pedimos a la razón que nos lo haga ver o nos lo haga gustar. No obstante, la física, la fisiología y la psicología pueden darnos razones de tales

experiencias. Asimismo, puedo probar el teorema de Pitágoras, pero no podría coger el triángulo con las manos y una sonata de Mozart puede ser explicada con razones físicas, matemáticas, fisiológicas, históricas o estéticas, pero no porque entienda todas esas razones escucho la sonata.

Así, la razón no da la fe, como no da tampoco la visión del rojo o el sabor del agua, sin perjuicio del valor que tienen los preámbulos racionales de la fe como del valor que tienen las ciencias en cuanto conducen o aclaran aquellas experiencias sensibles.

Verificamos así el límite de la razón: ella no sale de sí misma y lo que produce no son sino razones.

Entonces, el orden de planteo de las relaciones entre la razón y la fe es inverso al que inicialmente proponíamos. *La fe está en el principio como una experiencia insustituible*. La fe busca, anima, promueve a la razón que solamente puede conducir hacia la vida de la fe o esclarecer, en cierta medida, lo que la fe misteriosamente vive.

7

¿Por qué hay en la fe un principio, una experiencia insustituible? Pudiera decirse que el animal vive tranquilo, hace regularmente lo mismo de una manera previsible, ordenada, segura. Su mundo parece hallarlo prefigurado y resuelto y su propia acción casi no la altera.

El hombre, en cambio, vive como si estuviera constantemente ante lo nuevo, en un mundo abierto, inquietante. Hay en su acción una voluntad creadora que va siendo histórica en la medida que se realiza. ¿Responde esta forma de conciencia a alguna situación real?

8

En un instante cualquiera, la realidad pudiera quedar, por así decir, en suspenso: todo pudiera terminar, todo pudiera deshacerse. Pero también: todo podría aparecer nuevamente o, lo que de ordinario vemos ocurrir, todo puede continuar en la existencia. Cuanto a nuestro alrededor tenemos es inseguro, *contingente*. Este trazo abierto sobre la realidad está inscrito en el corazón del hombre. *El hombre lo vive como experiencia de la libertad de su existir.*

9

Existir en libertad es propio del hombre. Pero existe en libertad no sólo en la medida en que está vuelto hacia la finitud y contingencia de

un mundo que le ofrece posibilidades opuestas. En medio de esa contingencia y finitud mi existencia se sabe apoyada, reconoce en sí una capacidad de sostenerse y descubre, entonces, que, más profundamente, mi libertad está en esa capacidad de persistir. Que mi libertad es lo que, en dicho sentido, llamaré *libertad de crearme*.

10

Pues bien, yo creo en eso en que me apoyo. Hay en esta verdad un doble sentido, que las palabras castellanas expresan: *soy capaz de crear, porque soy capaz de creer*. El presente indicativo de la primera per ona singular de los verbos creer y crear dice lo mismo: yo creo. Porque creo, me creo a mí mismo.

Pero yo estoy ligado a aquello que creo. *Es mi religión*. Es el fundamento de mi existencia, de mi libertad creadora. La fe me remite, de manera insustituible, al fundamento de mi existencia. Su contraparte deberá ser el acto primero de existir, el fundamento último de toda existencia.

11

El hombre cree aunque lo ignore y aunque lo niegue. Ya su vida inmediata está montada sobre un sistema de creencias del que echa mano a cada instante para vivir. Este sistema menor y cotidiano de creencia es sólo esbozo de una situación radical: la existencia está fundada por la fe. Todo hombre cree en la medida que apoya su existencia últimamente en algo. Entonces el problema es en qué o en quién se cree y el dilema verdadero resulta ser, no ateísmo-religión, sino *fe en Dios o en un ídolo*.

12

El número de los ídolos es indefinido. Pueden serlo, la ciencia, la belleza, la acción política, el dinero, la poesía, una mujer, una imagen del mundo, un prototipo o un estilo de vida. Todos los ídolos son de fabricación humana, por eso en ellos el hombre se enajena, queda alienado, fuera de sí.

Los papeles del Génesis se invierten y es el hombre quien crea a Dios a su imagen y semejanza. La filosofía corre siempre este riesgo: el filósofo quiere ser un pequeño fabricante de dioses.

13

Sólo el Dios verdadero es capaz de fundar mi existencia. Por eso el encuentro con Dios sólo puede realizarse, para mí, en lo que yo soy y mi respuesta en el diálogo con Dios ha de ser *lo que yo soy*. La fe es interpelación a un hombre libre, llamado a una decisión personal acerca de mí mismo: a ser en libertad y, en tal sentido, a crearme.

14

¿Quién es el verdadero Dios? No podríamos decirlo, a modo de conclusión, de una reflexión filosófica. Dios tiene que decir quién es, a nuestra fe. La reflexión filosófica sólo puede conducir a oírle. Por eso la fe más que creer algo es creer a alguien y, por lo tanto, creer en alguien. Creer en Dios y creer a Dios.

Como la naturaleza responde al fervor del hombre de ciencia, pudiera decirse por vía de imagen, que Dios habla al hombre de fe. La respuesta, pues, a la pregunta quién es Dios, la hallamos en la religión misma, esto es en el diálogo que establecemos con Dios.

15

Moisés preguntó a Dios quién es. Así lo expresa el Exodo 3.13-15: “Moisés dijo a Dios: pero si voy a los hijos de Israel y les digo: el Dios de vuestros padres me envía a vosotros y me preguntan cuál es su nombre, ¿qué voy a responderles?, y dijo Dios a Moisés: *Yo soy el que soy*. Así responderás a los hijos de Israel. Y prosiguió, esto dirás a los hijos de Israel: Yavé el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob me manda a vosotros. Este es para siempre mi nombre, este mi memorial de generación en generación”. En este texto se apoya Santo Tomás de Aquino para decir que *la esencia de Dios es simplemente su existir* (S.C.G. Lib. 1, cap. 22). He aquí, pues, un acto primero, *un fundamento último de toda existencia*.

16

San Juan y San Pablo dicen que *Dios es Amor*.

Amar es querer a otro en lo que el otro es, querer su bien que no es otro que el ser de quien se ama.

Si reconozco la *presencia de Dios en el fundamento de mi existencia*,

el amor de Dios debo reconocerlo en el origen de mi libertad para crearme. Mi libertad adquiere, entonces, plena fuerza, pues puede hacer el *hombre nuevo* de que habló San Pablo. Puedo, plenamente, crearme. El encuentro con Dios es el *encuentro de mi propio ser en Dios*, en el diálogo con Dios que es la religión.